

Más adelante me acordaré de usted. Pero, por favor, váyase esta noche.

Macquart, gruñendo, mascullando sordas lamentaciones, llevó la mesita delante de la ventana y se puso á contar las monedas de oro á la moribunda luz del crepúsculo. Sonábalas haciéndolas caer desde lo alto, gozando con el cosquilleo que le producían en la punta de los dedos y con el tintineo que llenaba las sombras de una música clara. De pronto se interrumpió, y dijo:

—Acuérdate que me has ofrecido un empleo... Quiero volver á Francia. Me gustaría ser guardabosque en un departamento elegido por mí...

—Bueno, bueno; convenido. ¿Ha contado usted ya sus ochocientos francos?—interrumpió Rougon.

Macquart empezó á contarlos de nuevo. Los últimos luises sonaban, cuando una estridente carcajada hizo volver la cabeza á los dos hermanos. Tía Dida estaba de pie delante del lecho, medio desnuda, con los blancos cabellos en desorden y la pálida faz jaspeada de manchas rojas. Pascual procuraba en vano sujetarla. Extendió los brazos, estremeciéndose convulsa y delirante y agitó la cabeza.

—¡El precio de la sangre!... ¡El precio de la sangre!—dijo varias veces.—¡He oído el oro!... ¡Son ellos!... ¡son ellos los que lo han vendido! ¡Oh, los asesinos!... ¡Son lobos!...—Separaba sus cabellos, se pasaba las manos por la frente, como para leer en ella, y proseguía:—¡Hace mucho tiempo que le veía con la frente atravesada por una bala!... Siempre tenía yo en la imaginación

hombres que le apuntaban ¡con los fusiles!... Y me decían que iban á tirarle... ¡Oh! ¡Es horrible!... ¡Me rompen los huesos, y me vacían el cráneo!... ¡Oh! ¡Piedad!... ¡Favor!... ¡Por compasión!... ¡No la verás más!... ¡Ya no la amaré!... ¡Yo lo encerraré, yo le impediré que vaya á buscarla!... ¡Pero no tiréis!... ¡No es culpa mía!... ¡Si supierais!...

Casi se había puesto de rodillas, llorando, suplicando, tendiendo sus pobres manos temblorosas á alguna visión que percibía en la sombra. De pronto se irguió, sus ojos se agrandaron más todavía, y de su garganta convulsiva dejó escapar un grito estridente, como si un espectáculo, para ella sola visible, la llenase de horror.

—¡Oh! ¡El gendarme!...—dijo sollozando, reculando, volviendo á caer sobre el lecho, donde se revolcó lanzando carcajadas histéricas que resonaban furiosamente.

Pascual seguía la crisis con ojo alerta. Los dos hermanos, espantados, no logrando comprender más que frases incoherentes, se habían retirado á un ángulo de la estancia. Cuando Rougon oyó la palabra gendarme, creyó comprender: desde la muerte de su amante en la frontera, tía Dida alimentaba odio profundo contra los gendarmes y los aduaneros, y los confundía en un mismo pensamiento de venganza.—¿Pero es la historia del contrabandista la que nos cuenta?—murmuró.—Pascual le hizo seña para que callara. La moribunda volvió á levantarse penosamente; giró en torno suyo los ojos con estupor; estuvo un instante sin decir palabra, como si hiciera grandes esfuerzos para reconocer los objetos que la



rodeaban; luego, con viveza, revelando súbita inquietud, preguntó:—¿Dónde está la carabina?

El médico se la entregó. Lanzó un grito de alegría; la miró detenidamente, y con voz de niña, exclamó:

—¡Sí! ¡Esta es! ¡La conozco!... ¡Está toda manchada de sangre fresca!... ¡Han dejado en la culata barras sangrientas!... ¡Ah! ¡Pobre tía Dida!...

De nuevo se apagó la luz de su inteligencia, y quedó pensativa.

—El gendarme estaba muerto—murmuró,—y ha vuelto. ¡Lo he visto! ¡No mueren nunca esos pillos!...—Y presa nuevamente de furor sombrío, agitando la carabina, avanzó hacia sus dos hijos, que se arrinconaron mudos de espanto. Sus faldas desatadas arrastraban; su cuerpo, medio desnudo, se erguía, horriblemente arrugado por la vejez.—¡Vosotros sois los que habéis tirado!—gritó.—¡He oído el oro!... ¡Desgraciada! ¡No he engendrado más que lobos!... ¡toda una familia!... ¡toda una manada de lobos!... Sólo había en ella un pobre niño, y se lo han comido! ¡Cada uno ha dado su dentellada!... ¡Ah! ¡Tienen todavía los labios llenos de sangre!... ¡Malditos!... ¡Han robado!... ¡Han matado!... ¡Y viven como señores!... ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!

Cantaba, reía, gritaba y repetía: «¡malditos!», con extraño ritmo musical, semejante al ruido horrísono de una descarga de fusilería. Pascual, con los ojos llenos de lágrimas, la tomó en brazos y la acostó. Ella se dejó como una niña y continuó su canción, acelerando el ritmo y llevando el

compás con sus manos secas sobre las ropas de la cama.

—He aquí lo que me temía—dijo el médico:— está loca. El golpe ha sido demasiado rudo para un pobre sér, predestinado como ella á las neurosis agudas. Morirá, como su padre, en una casa de locos.

—¿Pero qué puede haber visto?—preguntó Rougon, decidiéndose á salir del ángulo donde se había refugiado.

—Tengo una duda cruel—respondió Pascual.— Quería hablar á usted de Silverio desde que entró. Está prisionero. Es preciso interceder con el prefecto; salvarle si aún es tiempo.

El antiguo comerciante de aceite miró á su hijo, y palideció. Luego, con rapidez, dijo:

—Escucha; vela por ella; yo estoy muy ocupado esta noche; mañana veremos de transportarla al manicomio de Tulettes. Y usted, Macquart, es necesario que salga esta misma noche. ¿Me lo jura usted? Voy á buscar á M. Bleriot.

Ardía en deseos de verse fuera, en el frío de la calle. Pascual fijó alternativamente su penetrante mirada en la loca, en su padre, en su tío: el egoísmo del sabio le dominaba. Estudiaba aquella madre y aquellos hijos con la atención del naturalista que sorprende las metamorfosis de un insecto; pensaba en aquellas diversas ramas de más delgados y más lejanos de él, aunque en la un mismo tronco, cuya savia acre nutría los tallos forma resultaban diversamente retorcidos, según el medio de sombra ó sol en que se desarrollaron. Como á la luz de un relámpago creyó entrever un



momento el porvenir de los Rougon-Macquart: un torbellino de apetitos, abandonados después de satisfechos, en medio de un centelleo de oro y de sangre.

Al escuchar el nombre de Silverio, tía Dida dejó de cantar y escuchó un instante ansiosa; luego comenzó á lanzar horrorosos aullidos. Era ya de noche; la estancia, á obscuras, ofrecía un aspecto fatídico. Los gritos de la loca, á la que no se veía ya, salían de entre las tinieblas como de una tumba cerrada. Rougon, espantado, huyó, perseguido por aquellos gemidos que en la obscuridad resultaban más terribles. Al salir del callejón de Saint-Mittre dudaba si sería ó no peligroso impetrar del prefecto gracia para Silverio, cuando advirtió que su hijo Arístides andaba de un lado para otro alrededor del depósito de maderas. Al reconocer á su padre, el joven corrió á su encuentro con el semblante alterado y le dijo algunas palabras al oído; Pedro se puso lívido, y fijó los espantados ojos en el fondo tenebroso del campo, en aquellas tinieblas que sólo el fuego de los gitanos manchaba con una claridad rojiza; y los dos desaparecieron por la calle de Roma, apretando el paso como si hubieran matado á alguien y levantándose el cuello de los gabanes para no ser reconocidos.—Eso me evita un trabajo—murmuró Rougon.—Vamos á comer; nos esperan.

Cuando llegaron, el salón amarillo resplandecía y Felicidad se multiplicaba. Todos los invitados estaban ya allí: Sicardot, Granoux, Roudier, Vuillet, los comerciantes de aceite, los de almendra,

la banda entera; sólo el marqués había puesto por pretexto su reumatismo, que debía partir para un pequeño viaje: aquellos burgueses manchados de sangre heríanle en su delicadeza; además, su pariente, el conde de Valqueyra, le había rogado que se hiciese olvidar algún tiempo en su finca de Corbière. La negativa de M. de Carnavant hirió é á los Rougon, pero Felicidad se consoló prometiéndose exhibir un gran lujo; alquiló dos candelabros y encargó dos entradas y dos entremeses más en reemplazo del marqués; para mayor solemnidad, la mesa se puso en el salón. La plata, el cristal y la vajilla, procedían del «Hôtel de Provenza». Desde las cinco, la mesa estaba puesta para que al llegar los convidados pudiesen gozar de su golpe de vista.

Cuando todos los habituales concurrentes al salón estuvieron reunidos, no fueron dueños de ocultar el asombro que semejante espectáculo les produjo; sonriendo con cierto embarazo, se miraban unos á otros, como diciendo: «Estos Rougon son locos y tiran el dinero por la ventana». La verdad es que Felicidad, cuando fué á convidar á sus amigos, no pudo contener la lengua. Nadie ignoraba que Pedro había sido condecorado, y que iban á nombrarle algo; lo que alargaba muchas narices, según la expresión de la vieja.

El día de las recompensas, aquellos burgueses que habían caído sobre la República expirante, observándose unos á otros, vanagloriándose cada cual de dar una dentellada más fuerte que la de su vecino, hallaban mal que sus anfitriones recogiesen todos los laureles de la batalla. Hasta los



que sólo por temperamento aullaron, sin esperar nada del Imperio naciente, se consideraban vejados al ver que, gracias á ellos, el más pobre, el más arruinado de todos iba á llevar la enseña roja en el ojal. ¡Si al menos hubiesen condecorado á todo el salón!

—No es que me importe nada la condecoración, —dijo Roudier á Granoux, á quien había llevado al hueco de una ventana;—la rehusé en tiempos de Luis Felipe, cuando era proveedor de la real casa. ¡Ah! Luis Felipe era un buen rey; no volverá á tener la Francia otro igual.—Roudier volvía á ser orleanista. Luego prosiguió, con la proverbial hipocresía de un lencero de la calle de Saint-Honoré:—Pero usted, querido Granoux, ¿no cree que la cinta roja le sentaría muy bien en el ojal? Después de todo, usted ha salvado á la ciudad tanto como Rougon. Ayer, en casa de personas muy distinguidas, nadie quería creer que con un martillo se pudiera hacer tanto ruido.

Granoux balbuceó un cumplimiento, y, ruborizándose como una virgen en su primera declaración de amor, murmuró al oído de Roudier:

—No diga usted nada, pero tengo motivos para creer que Rougon pedirá la cruz para mí. Es un buen muchacho.

El antiguo lencero se puso grave, y desde aquel momento se manifestó político y reservado. Cuando Vuillet fué á hablarle de la recompensa que Pedro había merecido, con voz grave y fuerte, para que Felicidad lo oyese, respondió «que hombres como Rougon honraban la Legión de Honor.» El librero le hizo coro: por la mañana ha-

bíanle prometido que de nuevo tendría á su cargo el abasto de libros de texto para el Liceo. Cuanto á Sicardot, estaba al principio algo disgustado de que alguien más que él estuviese condecorado; á su juicio, sólo los militares tenían derecho á la cinta roja. El valor de Pedro le sorprendía; pero como en el fondo era un buen hombre, acabó por gritar que los Napoleones sabían distinguir á los hombres enérgicos y de corazón.

Por todo esto, Rougon y Arístides fueron recibidos con entusiasmo; todas las manos se extendieron hacia ellos; llegaron hasta á besarlos. Angela, feliz, sentada junto á su suegra, miraba á la mesa con el asombro de una glotona que en la vida había visto tantos platos juntos. Arístides se acercó á ella, y Sicardot cumplimentó á su yerno por el soberbio artículo de *El Independiente*; le devolvía su amistad. A las preguntas paternas que le dirigía, díjole que su deseo era marchar á París con su familia, donde su hermano Eugenio le impulsaría; pero que le hacían falta quinientos francos. Sicardot se los prometió, viendo ya á su hija recibida en las Tullerías por Napoleón III.

Felicidad hizo una seña á su marido. Pedro, rodeado por todos sus amigos, que le interrogaban acerca de su palidez, no pudo escapar más que un minuto para murmurar al oído de su mujer que había encontrado á Pascual y que Macquart partía aquella noche; bajó más la voz para decirle la locura de su madre, y acabó poniéndose un dedo sobre los labios, como diciendo: «Pero no digas una palabra, porque se aguaría nuestro



convite.» Felicidad se mordió los suyos, y cambiaron una mirada en que leyeron su pensamiento común. La vieja ya no les molestaría; arrasarían la casita del contrabandista como hicieron con los muros del cercado de los Fouque, y podrían contar para siempre con el respeto y la estimación de Plassans.

Los convidados miraban la mesa; Felicidad les mandó sentarse á ella, y aquello fué una beatitud. Cuando cada cual cogía su cuchara, Sicardot pidió un momento de espera, y, levantándose, dijo gravemente:

—Señores: quiero en nombre de la reunión hacer presente á nuestro anfitrión lo felices que somos por las recompensas que le han valido su valor y su patriotismo. Ahora reconozco que Rougon tuvo una inspiración del cielo, permaneciendo en Plassans en tanto que esos pillos nos arrastraban por los caminos; así es que aplaudo con toda mi alma las disposiciones del gobierno. Déjenme ustedes acabar; en seguida felicitarán á nuestro amigo. Sepan ustedes que nuestro amigo, nombrado caballero de la Legión de Honor, va además á serlo para una administración económica.

Sonó un grito de sorpresa; se esperaba un destino más modesto: algunos remedaron una sonrisa, pero gracias al aspecto de la mesa renováronse las felicitaciones. Sicardot reclamó de nuevo silencio y prosiguió:

—Esperen ustedes. No he concluído... Nada más que una palabra... Es de creer que conservaremos á nuestro amigo entre nosotros, gracias á la muerte de M. Peirotte.

En medio de las exclamaciones de los convidados, Felicidad sintió una opresión en el corazón. Sicardot le había referido la muerte del jefe económico, y se la recordaba al principio de aquel banquete triunfal. Aquella muerte súbita y horrible le hizo sentir un soplo frío en el rostro; se acordó de su deseo: ella era la que había matado al hombre aquél.

Con la música clara de la plata, los convidados festejaban la comida. En provincias se come mucho y ruidosamente. Desde el primer servicio, los convidados hablaban todos á la vez, daban la coz del asno á los vencidos, se arrojaban adulaciones á la cabeza, hacían comentarios poco lisonjeros sobre la ausencia del marqués; los nobles eran intratables; Roudier llegó á dejar comprender que el marqués había rehusado, porque el miedo á los insurrectos le había producido ictericia. Al segundo servicio aquello parecía el reparto de la presa, la ralea: aquellos comerciantes de aceite y de almendra salvaban la Francia; brindaron por la gloria de Rougon; Granoux, muy encendido, empezaba á balbucear, y Vuillet, muy pálido, estaba completamente borracho; Sicardot escanciaba sin tomar punto de reposo, y Angela, ahita ya, bebía á sorbitos vasos de agua azucarada. La alegría de verse en salvo, de no temblar, de volverse á encontrar en aquel salón amarillo, en torno de una bien mesa servida, á la claridad de los dos candelabros y de la araña que por primera vez veían fuera de su estuche ensuciado por las moscas, daba á aquellos señores una ex-



pansión de estupidez, una plenitud de goces groseros. En el aire caliente subían sus gruesas voces más adulatoras á cada plato, cortándose en medio de los cumplidos, y llegando hasta á decir (un curtidor retirado fué quien encontró esta bonita frase) que aquel banquete era «un verdadero festín de Lúculo».

Pedro estaba radiante: su ancha y pálida cara sudaba el triunfo. Felicidad, reventando de vanidad, decía que alquilarían la habitación del pobre M. Peirotte mientras no se les presentara ocasión de comprar una casita en el barrio nuevo, y distribuía ya su futuro mobiliario en las habitaciones del jefe económico. Entraba en sus Tullerías. En un momento en que el barullo era ensordecedor, la asaltó de súbito un pensamiento; se levantó, y acercándose á Arístides, le dijo al oído:—¿Y Silverio?

El joven, sorprendido por esta pregunta, se estremeció. ¡Ha muerto!—respondió en voz baja.—Yo estaba allí cuando el gendarme le saltó los sesos de un pistoletazo.—Felicidad se estremeció á su vez; abrió la boca para preguntar á su hijo por qué no había impedido aquella muerte reclamando al niño, pero no dijo nada, y permaneció aturdida. Arístides que había leído la pregunta en sus temblorosos labios, murmuró:—Como usted comprende, nada debí decir... Tanto peor para él... He hecho bien. Así quedamos más desembarazados...—Aquella brutal franqueza desagradó á Felicidad. Arístides, como su padre, como su madre, tenía ya su cadáver. Si el vino del «Hôtel de Provenza» y los ensueños de ambición que aca-

riciaba pensando en su viaje á París no le hubieran sacado de su habitual hipocresía, ciertamente no hubiese confesado tan paladinamente que paseaba tranquilo por los alrededores del solar donde á su primo le levantaron la tapa de los sesos, sin ocurrírsele siquiera procurar evitarlo. Lanzada la frase, se balanceó en su silla.

Pedro, que desde lejos observaba á la madre y al hijo, comprendió lo que estaban hablando, y les dirigió una mirada de cómplice que implora silencio. Aquél fué el último soplo de terror que corrió entre los Rougon en medio del bullicio y la calurosa alegría de la mesa. Al volver á su asiento, Felicidad vió por la ventana, al otro lado de la calle, detrás de los cristales, un cirio que ardía; velaban el cadáver de M. Peirotte, traído aquella mañana de Sainte-Roure. Sentóse, sintiendo que aquel cirio le quemaba la espalda. Pero las risas crecían. El salón amarillo lanzó un grito de regocijo al aparecer los postres.

A la misma hora, el arrabal se estremecía aún con el drama que acababa de ensangrentar el campo de Saint-Mittre. El regreso de las tropas después de la hecatombe de la meseta de Nores marcóse con atroces represalias. Muchos hombres fueron muertos á culatazos junto á un bastión de la muralla, y otros en el fondo de un barranco por las pistolas de los gendarmes. Para que el horror cerrase los labios, sembraban los muertos por el camino. Fué un largo degüello: en cada alto inmolaban á algunos insurrectos. Matóse á dos en Sainte-Roure, á tres en Orchères y á uno en Beage. Cuando acampó la tropa en Plassans



sobre la carretera de Niza, decidióse que se fusilara á uno de los prisioneros, el más comprometido, para inspirar á la ciudad respeto al naciente Imperio; pero los soldados, hartos de matar, no se prestaban á nuevos asesinatos. Los infelices prisioneros, echados sobre los montones de maderos como sobre un lecho de campaña, atados por las muñecas de dos en dos, esperaban, en un estupor resignado.

En aquel momento el gendarme Rengade se abrió paso por entre la multitud de curiosos. Desde que supo que la tropa había vuelto con algunos insurrectos, se había levantado, tiritando de fiebre y arriesgando su vida en aquel intenso frío de Diciembre. Al salir la herida se le abrió y el vendaje que cubría la vacía órbita se manchó de sangre; rojos hilos corrían sobre su mejilla y sobre su bigote. Espantoso en su cólera, mudo, con la pálida cabeza envuelta en un lienzo ensangrentado, corrió á mirar detenidamente la cara de cada prisionero. Seguía así á lo largo de los maderos, bajándose, yendo y viniendo, haciendo estremecerse á los más estoicos con su brusca aparición. De pronto exclamó:—¡Ah! ¡El bandido!... ¡Ya lo tengo!—Acababa de poner la mano sobre el hombro de Silverio. Silverio, acurrucado sobre una viga, con el semblante dolorido, miraba á lo lejos en el pálido crepúsculo con aspecto dulce y estúpido. Desde que salió de Sainte-Roure, había tenido aquella mirada vaga. Durante aquella penosa marcha, cuando los soldados activaban el paso del convoy á culatazos, había mostrado una dulzura de niño. Cubierto de polvo, muerto de

señ y de cansancio, andaba sin pronunciar palabra, semejante á las reses que caminan al matadero, dóciles á la voz de los conductores y á la vara de los vaqueros. Pensaba en Miette. Veía la tendida en la bandera, bajo los árboles, con los ojos fijos en el vacío. Hacía tres días que no veía más que á ella. En aquel instante, en el fondo de la sombra creciente, veía todavía.

Rengade se volvió hacia el oficial, que no había encontrado en su compañía los hombres necesarios para una ejecución, y le dijo, señalando á Silverio:—Este me reventó el ojo. Démele usted. A usted lo mismo le da.—El oficial se retiró con aire indiferente, haciendo un gesto vago. El gendarme comprendió que le entregaban su hombre, y prosiguió, sacudiéndole:—¡Vamos! ¡Levántate!

Como los demás prisioneros, Silverio tenía un compañero de cadena: era un campesino de Poujols, llamado Mourgue, entrado ya en los cincuenta años, y al que los grandes soles y el rudo trabajo de la tierra habían hecho un bruto. Desde que estaba preso, con las manos crispadas y la cara estúpida, guiñaba los ojos mirando á todas partes con desconfianza, con esa expresión terca y desconfiada de los animales á quienes se les ha pegado. Había partido armado de un bieldo, porque toda su aldea partía; pero nunca hubiera podido expresar qué le impulsaba. Desde que lo cogieron prisionero, se daba menos cuenta aún; creía vagamente que lo conducían á su casa. El espectáculo de toda aquella gente que le miraba, lo atolondraba y embrutecía más aún. Como no



hablaba ni entendía más que el *patois*, no adivinó lo que el gendarme se proponía. Levantó hacia él la cara, y creyendo que le preguntaba de dónde era, dijo con voz ronca:—Soy de Poujols.—Una carcajada resonó entre la multitud, y algunas voces gritaron:—¡Suelte usted al campesino!—¡Bah!—repuso Rengade.—Cuantos más gusanos de estos se aplasten, será mejor. Ya que están juntos, juntos acabarán.—Un murmullo acogió estas palabras.

El gendarme se volvió, y al ver su tremenda cara manchada de sangre, los curiosos se apartaron. Un burgués pulcro se retiró, declarando que si seguía allí se le iban á quitar las ganas de comer. Dos pilluelos reconocieron á Silverio, y hablaron de la joven roja. Entonces el burgués volvió al lugar de la escena para conocer al amante de la mujer de la bandera, aquella criatura de que había hablado la *Gaceta*. Silverio ni veía ni oía; preciso fué que Rengade lo cogiera por el cuello para que se levantase. Al ponerse en pie, Mourgue se levantó á su vez.—Venid—dijo el gendarme.—No será largo.

Silverio reconoció al tuerto, y sonrió, comprendiendo lo que le iba á suceder; luego volvió la cabeza. La vista del tuerto, de aquellos bigotes que la sangre coagulada ponía tiesos, le causó un pesar inmenso; hubiera querido morir en una dulzura infinita. Evitó encontrar el único ojo de Rengade, que brillaba bajo la blancura de la venda. Por sí mismo se dirigió al fondo del campo de Saint-Mittre, á la estrecha avenida cubierta por montones de tablas: Mourgue le seguía. El

campo se extendía desolado bajo el cielo amarillo; la claridad de las nubes cobrizas se esparcía con débiles reflejos. Jamás el campo desnudo, el almacén donde dormían los maderos como rígidos de frío, habían tenido las melancolías de un crepúsculo tan lento, tan triste. Al borde del camino, los soldados, los prisioneros, la multitud desaparecían en la sombra de los árboles; sólo el terreno, las maderas, los montones de tablas, tomaban en sus claridades moribundas con tintas luminosas, un vago aspecto de torrente desecado. Los caballetes de los aserradores perfilaban en un rincón su flaca armadura, fingiendo ángulos potentes, montantes de guillotina. Nada había allí viviente más que los bohemios mostrando sus cabezas azoradas á la puerta de su carruaje: una vieja y un viejo y una muchacha alta, de cabellos crespos, cuyos ojos brillaban como los de un lobo.

Antes de llegar á la avenida, Silverio miró. Acordóse de un domingo lejano en que al rayo de la clara luna había atravesado el depósito de maderas. ¡Qué tenue dulzura! ¡Cómo los pálidos rayos alumbraban los montones de maderas! Del cielo helado descendía soberano silencio, y en medio de él, la gitana de los cabellos crespos cantaba en voz baja en una lengua desconocida. Después Silverio se fijaba en que aquel domingo lejano sólo distaba ocho días y que había ido allí á despedirse de Miette. ¡Qué lejos estaba todo aquello! Parecíale que hacía años ya que no ponía los pies en aquel sitio. Pero cuando entró en la estrecha avenida, su corazón desfalleció.



Reconoció el olor de las hierbas, la sombra de las tablas, los agujeros del muro... Una voz desconsolada subía de todas aquellas cosas. La avenida se prolongaba triste, le pareció más larga y sintió soplar en ella un viento frío. ¡Aquel rincón había cruelmente envejecido! Veía el muro roído por el musgo, la alfombra de hierba quemada por la helada; los montones de tablas podridas por la humedad: aquello era una desolación. El crepúsculo amarillo caía como un sudario sobre las ruinas de sus queridas ternuras. Tuvo que cerrar los ojos y volvió á ver la verde avenida; la estación feliz se presentó de nuevo; hacía calor, corría con Miette. Después caían las lluvias de Diciembre, rudas, sin fin; seguían viniendo allí, se ocultaban en el hueco de las tablas, y escuchaban encantados el chorrear del aguacero. Como un relámpago pasó su vida entera, toda su alegría. Miette saltaba la pared y se acercaba, estremecida por risas sonoras; estaba allí; veía su blancura en la sombra; con su casco viviente, su cabellera de tinta, hablaba de nidios de urracas, tan difíciles de coger, y le arrastraba consigo; oía á lo lejos los murmullos dulcificados de Viorne, el canto de las cigarras retrasadas, el viento que silbaba en los álamos de las praderas de Sainte-Claire. ¡Cuánto habían corrido! Bien se acordaba. Ella había aprendido á nadar en quince días; era una niña valiente, no tenía más que un defecto grande: merodeaba; pero él la hubiera corregido. El pensamiento de sus primeras caricias le condujo de nuevo á la estrecha avenida; siempre habían ido á reunirse en aquel rincón.

Crejó escuchar el canto espirante de la gitana, el crujido de las últimas persianas, la hora grave que lanzaban los relojes. Luego, llegaba el momento de la separación. Miette volvía á subir sobre la pared, y le enviaba besos; él no la veía ya... Una emoción terrible le anudó la garganta. ¡Ya no la vería nunca... nunca!...

—¡A tu gusto!—gruñó el tuerto.—Ve. Elige el sitio.

Silverio dió aún algunos pasos. No veía más que una cinta de cielo, donde moría el día, de color de herrumbre. Allí había estado su vida durante dos años. La lenta aproximación de la muerte en aquel sendero, en que desde hacía tanto tiempo paseaba su corazón, tenía una dulzura inefable. Se paraba... Gozaba largamente en aquellos adioses á todo lo que amaba: las hierbas, las piezas de madera, las piedras de la vieja pared, todas las cosas á las que Miette había dado vida. Y de nuevo se extraviaba su pensamiento. Esperaba tener la edad para casarse; tía Dida se quedaría con ellos. ¡Ah! Si hubieran huído lejos, muy lejos, al fondo de alguna aldea desconocida, donde las granujas del arrabal no hubieran ido á echar en cara á la hija de Chantegreil el crimen de su padre, ¡qué dichosa paz! El hubiera instalado un taller de carretería en la margen de algún camino, y no envidiaría ya la gloria del maestro de coches que fabricaba carruajes de maderas relucientes como espejos. En su desesperación, no alcanzaba por qué aquellos ensueños de felicidad eran imposibles. ¿Por qué no se iba con Miette y tía Dida? Con la memoria en tensión,



escuchaba horrísono ruido de descargas; veía caer ante él una bandera con el asta rota y la tela colgante como el ala de un pájaro herido por un tiro. Era la República, que dormía con Miette en un girón de bandera roja. ¡Ah! ¡Mísera vida! ¡Habían muerto las dos; tenían un sangriento agujero en el pecho! ¡Y he aquí lo que ahora le atajaba en la vida! ¡Los cadáveres de sus dos amores! ¡Ya no tenía nada! ¡Podía dormir! Esto era lo que desde Saint-Roure le había dado aquella dulzura de niño, vaga y estúpida. Le hubieran pegado sin que lo sintiese. No estaba ya en su carne. Se había quedado de rodillas cerca de sus muertos bien amados, bajo los árboles, entre el acre humo de la pólvora.

Pero el tuerto se impacientaba. Empujó á Mourgue, que se dejaba arrastrar, y exclamó:

—¡Vamos! ¡No quiero dormir aquí!

Silverio tropezó y miró á sus pies: un fragmento de cráneo blanqueaba entre la hierba. Parecióle que la callejuela se poblaba de voces. Le llamaban los muertos, los viejos muertos, cuyos ardorosos alientos turbaban tanto en las cálidas noches del estío á él y á su amada. Reconocía sus discretos murmullos; estaban gozosos al decirle que viniera, prometiendo devolverle á Miette en la tierra, en un rincón más oculto que aquel extremo del sendero. El cementerio, que había llenado de deseos los corazones de los dos jóvenes con sus olores grasos y su vegetación negra, extendiendo complaciente su lecho de lozanas hierbas, soñaba en aquella hora con beber la sangre

caliente de Silverio. Desde hacía dos veranos esperaba á los jóvenes esposos.

—¿Es aquí?—preguntó el tuerto.

El joven miró hacia adelante. Había llegado al término de la avenida. Vió la losa funeraria, y se estremeció. Tenía razón Miette: aquella piedra le estaba destinada. «Aquí yace... María... muerta...» El bloque había rodado sobre ella. Entonces, desfallecido, se apoyó en la piedra helada. ¡Qué tibia estaba otras veces, cuando, sentado en un rincón, hablaban durante las largas noches! Ella venía por allí y había desgastado un ángulo de la piedra al poner los pies cuando descendía del muro. Quedaba un poco de Miette, de su esbelto cuerpo en aquella huella. Y pensaba que todas aquellas cosas eran fatales; que aquella piedra se encontraba en aquel sitio para que él pudiese venir á morir allí después de haber amado en él.

El tuerto montó sus pistolas.

¡Morir! ¡Morir!... Aquel pensamiento seducía á Silverio. Allí era donde le traían, por aquel largo camino blanco, que descendía desde Saint-Roure á Plassans. Si lo hubiese sabido, se hubiera apresurado más. ¡Morir sobre aquella piedra, morir en el fondo de aquella estrecha avenida, morir en aquel aire en el que aún creía sentir el aliento de Miette!... ¡Nunca hubiese esperado semejante consuelo en su dolor! El cielo era misericordioso. Esperó con vaga sonrisa.

Entretanto, Mourgue había visto las pistolas. Hasta entonces se había dejado arrastrar estúpidamente. Pero el espanto se apoderó de él, y



repitió con voz desesperada:—¡ Soy de Poujols!...  
¡ Soy de Poujols!...

—¿Y qué me importa que seas de Poujols?...  
—exclamó Rengade.

Y cuando el infeliz, tiritando, llorando de terror, no comprendiendo por qué iba á morir, tendía sus manos temblorosas, sus manos de trabajador, deformes y endurecidas, diciendo en su *patois* que nada había hecho, que era preciso perdonarle, el tuerto se impacientó por no poder aplicarle el cañón de la pistola sobre la sien, tanto se movía, y gritó:—¿Te callarás?—Entonces Mourgue, loco de espanto, comenzó á lanzar aullidos de bestia, de cerdo á quien degüellan.—¿Callarás, canalla? —repitió el gendarme. Y le saltó los sesos.

El campesino rodó inerte; su cadáver fué á dar al pie de un montón de tablas. La violencia de la caída rompió la cuerda que á su compañero le unía. Silverio cayó de rodillas ante la piedra sepulcral.

Rengade había puesto un refinamiento de venganza en matar á Mourgue el primero. Jugando con la otra pistola, la levantaba lentamente, saboreando la agonía de Silverio. Este, tranquilo, lo miró: la vista del tuerto, cuyo ojo feroz le quemaba, le produjo malestar. Desvió la mirada por miedo de morir cobardemente si continuaba viendo aquel hombre tiritando de fiebre, con su venda manchada y su bigote ensangrentado. Al levantar los ojos, vió la cabeza de Justino al nivel de la pared, en el sitio por donde saltaba Miette.

Justino se encontraba en la puerta de Roma entre la multitud cuando el gendarme había co-

gido los dos prisioneros, y había salido á escape, dando la vuelta por el Jas-Meiffren, no queriendo perder el espectáculo de la ejecución. El pensamiento de que él solo entre los granujas del arrabal vería el drama á su gusto como desde lo alto de un balcón, le espoleó tanto, que se cayó dos veces. A pesar de su loca carrera llegó tarde para el primer disparo. Desesperado, trepó por la morera. Viendo que Silverio quedaba, sonrió. Sabía por los soldados la muerte de su prima, y para completar su alegría le faltaba gozarse en la agonía del carretero. Con la voluptuosidad que experimentaba al ver sufrir á otros, duplicada por el horror de la escena, aguardó el disparo. Silverio, al reconocer aquella cabeza, sola en lo alto de la tapia, aquel inmundo galopín con la cara lívida y gozosa, de faz amarillenta y los cabellos crespos sobre la frente, experimentó una sorda rabia; una necesidad de vivir. Fué la postrera rebelión de su sangre; rebelión de un segundo. Volvió á arrodillarse y á mirar hacia delante. En el crepúsculo melancólico pasó una visión suprema. Al extremo de la avenida, á la entrada del callejón de Saint-Mittre, creyó distinguir á tía Dida, de pie, blanca é inmóvil como una santa de piedra, que de lejos miraba su agonía.

En aquel momento sintió sobre su sien el frío de la pistola. La cabeza descolorida de Justino reía. Silverio cerró los ojos, y oyó que los muertos le llamaban furiosamente. En la sombra no veía más que á Miette bajo los árboles, cubierta con la bandera, con los ojos inmóviles... El tuerto disparó. ¡Esto fué todo! El cráneo del niño se



abrió como una granada madura; su cara cayó sobre la piedra, con los labios pegados en el sitio gastado por los pies de Miette, aquel sitio tibio en que su amada había dejado un poco de su cuerpo.

Y en casa de los Rougon, por la noche, á los postres, las carcajadas se oían entre el vaho de la mesa, caliente aún con los restos de la comida. Por fin mordían en los placeres de los ricos. Sus apetitos, aguzados por treinta años de deseos contenidos, mostraban dientes feroces. Aquellos grandes insaciados, aquellas fieras flacas apenas lanzadas la víspera á los goces, aclamaban el Imperio naciente, el reinado de la ardiente ralea. Como había levantado la fortuna de los Bonapartes, el golpe de Estado fundaba la fortuna de los Rougon. Pedro se puso de pie, y alzó su vaso, gritando:

—¡Brindo por el príncipe Luis; por el Emperador!

Sus comensales, que habían ahogado en champagne la envidia, se levantaron y brindaron con exclamaciones ensordecedoras. Fué un hermoso espectáculo. Los burgueses de Plassans, Roudier, Granoux, Vuillet y los otros, lloraban y se abrazaban sobre el cadáver, apenas enfriado, de la República. Sicardot tuvo una idea triunfante: cogió de los cabellos de Felicidad un lazo de satén rosa que se había upesto por coquetería encima de la oreja derecha, cortóle una punta con el cuchillo de postre, y la colocó solemnemente en el ojal de Rougon. Este aparentó modestia y se defendió con la cara radiante, murmurando:

—¡No, por favor; aún no! Es preciso esperar á que salga el decreto.

—¡Rayo de Dios!—exclamó Sicardot.—¿Quiere usted conservar eso? Es un viejo soldado de Napoleón quien lo condecora.

Un nutrido aplauso retumbó en el salón amarillo. Felicidad se desmayó; Granoux, el mudo, en su entusiasmo subióse sobre una silla, agitando su servilleta y pronunciando un discurso que se perdió en medio del alboroto. El salón amarillo triunfaba, deliraba.

Pero el trozo de cinta rosa puesto en el ojal de Pedro, no era la única mancha roja en el triunfo de los Rougon. Olvidado bajo el lecho de la pieza vecina, se encontraba todavía un zapato con el tacón ensangrentado; el cirio que ardía cerca de M. Peirotte, al otro lado de la calle, sangraba en la sombra como una herida abierta; y á lo lejos, en el fondo del campo de Saint-Mittre, sobre la piedra sepulcral, un mar de sangre se coagulaba.

FIN











